

LA LITERATURA COMO ACTO AFILIATIVO:  
LA NUEVA NOVELA DE LA GUERRA CIVIL (2000-2007)

Sebastian Faber  
*Oberlin College*

Si triunfara el pacifismo, ¿perdería la literatura? ¿Cómo es que los conflictos armados resultan tan propicios para la creación de obras maestras? ¿O no son los conflictos en sí, sino una combinación particular de ingredientes históricos y políticos la que los convierte en caldo de cultivo de maravillas literarias? (Las guerras de Iraq y Afganistán, ¿acabarán por producir sus propios *Laberinto mágico*, *Homage to Catalonia*, *L'Espoir* o *For Whom the Bell Tolls*?) ¿Y para qué sirve la literatura de guerra? Si los escritores sacan provecho artístico de la violencia, ¿sus obras, a su vez, pueden desempeñar un papel social específico en el proceso de transmisión de experiencias y lecciones y, finalmente, la superación de los traumas producidos por el conflicto?

Es un lugar común que la Guerra Civil española —el mayor desastre humano en la historia reciente de la Península Ibérica— se ha venido revelando como un manantial incomparable e inagotable de inspiración artística e intelectual. La mejor prueba es que, a 70 años de distancia, la fuente no deja de manar: la primera década del siglo XXI ha producido al menos una docena de obras ambiciosas, originales e importantes sobre la guerra y sus secuelas. Y aunque es mala costumbre atribuir un significado trascendental a los números redondos —arbitrarios, al fin y al cabo— en este caso sí resulta que el cambio de milenio llegó a coincidir, año más o menos, con una transformación en el modo en que los españoles piensan, hablan y escriben sobre su pasado nacional violento —transformación a la que, como es natural, no

escapó la producción literaria; es más, es probable que haya contribuido a ella. Sea como sea, no es exagerado hablar de una *nueva novela* de la Guerra Civil (José Carlos Mainer 157-158). Se trata de textos que movilizan el discurso literario para escenificar —y, en los más de los casos, defender— una relación con el legado del pasado violento español que es más activamente indagadora, más abiertamente personal y más conscientemente ética que en ningún momento anterior desde el final de la dictadura. Mainer, con su habitual gracia aforística, habla de una “reconquista privada de la memoria” (157).

Después de esbozar algunos de los parámetros centrales del debate —todavía en pleno curso— sobre las formas en que los españoles asumen o no el legado de la guerra y la represión franquista, dedicaré el poco espacio que me resta a una serie de apuntes, por fuerza escuetos e incompletos, sobre cinco ejemplos posibles de esta *nueva novela* de la Guerra Civil, a saber: *Soldados de Salamina* (Javier Cercas, 2001), *Tu rostro mañana* (Javier Marías, 2002, 2004, 2007), *La voz dormida* (Dulce Chacón, 2002), *Enterrar a los muertos* (Ignacio Martínez de Pisón, 2005) y *El corazón helado* (Almudena Grandes, 2007). Lo que me interesa sobre todo en estas obras es, en primer lugar, su insistencia en la idea de que las generaciones presentes tienen una *obligación moral* —además de una necesidad psicológica— de investigar el pasado y asumir su legado; y, en segundo lugar, su tendencia a desentrañar y afrontar los *dilemas e imperativos éticos* que surgen cuando se asume ese legado. Desde luego se trata de textos muy diversos. *Enterrar a los muertos*, por ejemplo, se presenta como una investigación periodística, posideológicamente progresista, de la represión estalinista en el campo republicano; es un texto conciso y ameno, pero claramente no ficticio. *El corazón helado*, por otra parte, constituye una novela histórica de tamaño y aspiraciones épicas que pretende revelar los orígenes corruptos de la dictadura franquista, al mismo tiempo que rinde tributo al exilio republicano. En lo que sigue quiero argumentar, sin embargo, que, más allá de estas diferencias de forma y fondo, los tratamientos literarios de la Guerra Civil desde el cambio de milenio comparten, en grandes líneas, una actitud nueva ante el pasado: consideran sus dimensiones éticas desde un punto de vista individual, como un problema que afecta a las relaciones personales entre las generaciones presentes y pasadas, y como un desafío que exige un esfuerzo de voluntad por parte de aquéllas.

En varias de las cinco obras bajo consideración, las relaciones entre los españoles nacidos entre 1950 y 1980 con los que vivieron y lucharon en la guerra —vivos o muertos— se postulan no sólo como *filiativas* —consti-

tuidas por la sangre, el parentesco, el destino—, sino sobre todo como *afiliativas*, esto es, sujetas a un acto de asociación consciente, basadas menos en la genética que en la solidaridad, la compasión y la identificación. Echando mano de una definición formulada hace años por Edward Said, se puede decir que los procesos afiliativos están motivados por la “convicción social y política, circunstancias económicas e históricas, un esfuerzo voluntario y una voluntad deliberada” (25). Si las relaciones filiativas suelen regirse por lo que la politóloga Judith Shklar ha definido como *lealtad*—el apego de un individuo al grupo o a la comunidad de la que se considera miembro, pero no por elección<sup>1</sup>—, a las relaciones afiliativas las rige, en cambio, el *compromiso* asumido voluntariamente. Resulta que, en los últimos diez años, la historia española ha vuelto a ser un objeto de identificación e inspiración políticas: no es casual que Almudena Grandes, en un ensayo sobre el 75º aniversario de la Segunda República, hablara de los nietos “biológicos o adoptivos de los republicanos del 31” (Grandes, *Razones para un aniversario*; la cursiva de la cita es mía).

Al escenificar esta relación activa, afiliativa con el pasado, la nueva novela de la Guerra Civil complementa y refuerza una transformación paralela en la postura ante el pasado de la sociedad española en general y de la historiografía universitaria en particular. El cambio de actitud fue resumido muy bien—aunque fuera desde una posición disidente— por Santos Juliá en un ensayo en *Revista de Occidente* en el verano de 2006. Explicaba allí que la historiografía de su generación—la que ayudó a orquestar la Transición—se fundamentó en nociones de objetividad, neutralidad y *Wertfreiheit* weberiana. En la obra de la generación más joven de historiadores, en cambio, el tratamiento de la historia reciente ha recuperado—según Juliá— “su carga moralista inspirada en lo que Ginzburg ha denominado *modelo judicial*”:

Los crímenes fueron tan monstruosos que pretender una neutralidad valorativa, quedarse sólo en la comprensión y en la explicación, mantener lo que Bloch consideraba como máxima perversión del oficio de historiador, esto es, convertirse en juez, se criticó como una abdicación del oficio. Tarea del historiador [...] tendría que ser, por tanto, recuperar la memoria, o sea, no exactamente conocer esos pasados, sino exigir justicia. (*Bajo el imperio* 17)

<sup>1</sup> La lealtad, según Shkar, se asocia con “las naciones, los grupos étnicos, las iglesias, los partidos políticos, además de las doctrinas, las causas, las ideologías, o las fes que forman e identifican a las asociaciones” (41).

En su conocida defensa de la Transición, Juliá insiste en subrayar que ésta no supuso ningún pacto del olvido o del silencio, sino más bien una decisión consciente de “echar al olvido” el pasado y asegurarse de que “no determinará el futuro” (Juliá, *De ‘guerra contra el invasor’* 50). En otras palabras, la visión del pasado promovida por Juliá y sus compañeros de generación negaba que la historia reciente pudiera constituir una guía positiva para la España posfranquista, ni mucho menos realizar ninguna *demanda ética* sobre el presente. Desde luego, no es que no se estudiara el pasado o que se impidiera el conocimiento al respecto; al contrario, Juliá arguye con razón que la producción de textos sobre la guerra y la dictadura en los años setenta y ochenta fue prodigiosa. Pero en la práctica, se levantó una especie de barrera aséptica entre el presente y el pasado, o entre el historiador y su objeto de investigación, que no sólo hacía caso omiso de las relaciones filiativas —los españoles del presente se negaban a reconocerse como *hijos de*—, sino que al mismo tiempo impedía cualquier tipo de relación afiliativa — la posibilidad de identificarse o solidarizarse con los españoles del pasado en virtud de ideas o vivencias compartidas—.

Para Juliá, esta asepsis era una cuestión de rigor científico, aunque no es difícil distinguir en su actitud una buena dosis de cautela política, arraigada en la convicción de que la salud y seguridad de la nueva democracia exigían impedir a toda costa el contagio de la violencia pasada (Pablo Sánchez León 113-116). Gran parte del cambio que hemos descrito, por el contrario, se debe a que las nuevas generaciones ya no ven la necesidad de esta cautela, que interpretan ya directamente como nacida del temor: “Somos la primera generación de españoles, en mucho tiempo, que no tiene miedo”, escribe Almudena Grandes, “y por eso hemos sido también los primeros que se han atrevido a mirar hacia atrás sin sentir el pánico de convertirse en estatuas de sal” (Grandes, *Razones*).

En el ensayo citado, publicado en *El País*, Grandes se alza como uno de los muchos portavoces prominentes de los diversos grupos que desde el año 2000 vienen abogando por la “recuperación de la memoria histórica” (grupos que también incluyen a historiadores universitarios). Como he argüido en otra ocasión, la mutua irritación —por no decir el abierto desprecio— entre un historiador como Juliá y los representantes de este movimiento social marca no sólo una transición generacional, sino un importante cambio cultural (Sebastiaan Faber, *Debate*). Juliá ha criticado a los “recuperacionistas” por lo que ve como su visión ingenua de la historia, su subjetivismo —que insiste en confundir la *memoria* falible con la *historia* objetiva produ-

cida por la investigación científica— y su tendencia a politizar el pasado. Pero como explica Pablo Sánchez León, el movimiento recuperatorio responde precisamente a la necesidad de *otro* tipo de historia que la practicada hasta el momento por los investigadores universitarios (Sánchez León 131): una historia vivida por personas concretas, por víctimas y testigos con quienes nos podemos identificar, *afiliar*. Estos testigos —las viejas caras sufridas que llenan la pantalla en *Els nens perduts del franquisme* de Montse Armengou y Ricard Belis y muchos otros documentales parecidos; la figura de Miralles en *Soldados de Salamina*, así como los “amigos del bosque”— son individuos concretos con nombre e historia propios a los que podemos interrogar, y cuyos relatos reveladores podemos escuchar con respeto y fascinación, admiración y simpatía (Herrmann). Esperamos, además, que los testigos —víctimas, héroes— interpreten nuestro interés en su historia personal como una especie de recompensa después de años de silencio forzado y como un homenaje a su lucha y supervivencia. Dada la nueva importancia del testigo individual como fuente de conocimiento y del testimonio revelador y conmovedor como unidad retórica principal, no sorprende el auge de la *narratividad* y el suspense en las representaciones del pasado —representaciones a veces aderezadas con cierto sentimentalismo, en otras ocasiones marcadas por una voluntad sensacionalista o tremendista, y casi siempre impregnadas por una ingenuidad filosófica que se niega a detenerse en el difícil estatus epistemológico del recuerdo traumático individual (Naharro 105; Labanyi 112n; Bermejo y Checa).

Como hemos dicho, la mayor parte de los cientos de textos y películas sobre la guerra y la dictadura que han visto la luz en los últimos diez años, sean documentales o ficticios, no sólo privilegian a la figura del testigo, sino que contienen una invitación directa a la afiliación de parte del público. Para facilitar ese proceso, muchos textos y películas reservan un espacio retórico para el lector o espectador, incorporando el diálogo intergeneracional en su mismo formato. En los documentales, suele aparecer un joven entrevistador y, en el caso de las ficciones, un protagonista de unos 40 años que se involucra en una aventura que lo lleva a descubrir una verdad histórica y aprender una lección que le transforma la vida. Así ocurre, sin ir más lejos, en tres de las seis novelas aquí consideradas: *Soldados de Salamina*, *El corazón helado* y *Tu rostro mañana*, en las figuras de Javier Cercas —el personaje, no el autor—, Álvaro Carrión y Jaime Deza.

En los tres textos, además, la tensión entre filiación y afiliación ocupa un lugar central. Como es sabido, la acción de *Soldados de Salamina* arran-

ca poco después de la muerte del padre biológico del narrador y vincula su repentino interés por la historia con un intento de afiliación fracasado —con el autor falangista Rafael Sánchez Mazas— y otro logrado —con el miliciano republicano Miralles—. Fracaso y éxito que, no casualmente, también determinan la suerte de su esfuerzo literario: el *relato real* que escribe sólo cobra vida cuando Miralles se convierte en el héroe de la acción.

*El corazón helado*, por su parte, también se abre con la muerte del querido y admirado padre del protagonista, Álvaro Carrión. Pronto, sin embargo, Álvaro se ve obligado a reconsiderar sus lazos filiativos con su progenitor cuando descubre que la fortuna paterna se origina en la expoliación ilegítima del patrimonio de una prominente familia republicana. Al mismo tiempo que se distancia de su padre fallecido, Álvaro se *afilia* —amorosa y políticamente— con la familia expoliada, y con la República en términos más generales, afiliación sellada por su relación amorosa con una descendiente de las víctimas. El círculo se cierra cuando Álvaro descubre que su padre, oportunista empedernido, se había *desafiliado*, a su vez, de su propia madre: resulta que la abuela de Álvaro fue una dirigente republicana que murió en una cárcel franquista. A Álvaro el descubrimiento de su abuela republicana le resuelve, hasta cierto punto, la crisis de identidad, porque le permite hacer un salto generacional y armonizar sus relaciones filiativas con sus instintos afiliativos: “Mi abuela, una oleada de amor repentino y una intensidad, una pureza difícil de explicar, habría hecho de mí un hombre mejor si la hubiera conocido antes, si la hubiera conocido a tiempo. Su memoria me habría bastado durante muchos años, habría sido bastante para cargar de sentido mi nombre, mis apellidos. [...] Había muerto mucho antes de que yo naciera, pero seguía siendo mi abuela, siempre lo sería” (388, 401).

La figura del padre —biológico y afiliativo— también es central en *Tu rostro mañana*, la ambiciosa trilogía de Javier Marías, que comparte varios otros temas con *El corazón helado* y *Soldados de Salamina*: la revelación de un escándalo (en este caso, la traición del padre de Deza —trasunto de Julián Marías, padre del novelista— por parte de tres colegas inmediatamente después de la guerra); la comparación moral entre las generaciones del presente y las del pasado (en los tres libros, se acaba atribuyendo cierta superioridad a representantes determinados de éstas<sup>2</sup>); y la centralidad de dos dilemas éti-

<sup>2</sup> Es evidente el complejo de inferioridad que siente el narrador de *Soldados* frente a Miralles. El narrador de Marías le dice a su padre: “Eres mejor que yo” (1, 219). Y a Raquel Fernández Otero, amante de Álvaro Carrión en *El corazón helado*, tampoco le importa admitir que “yo no soy tan buena como mi abuelo” (824).

cos: ¿es necesario o aconsejable enterarse de un pasado conflictivo en todos sus detalles, sobre todo si ese conocimiento puede dar pie a alguna acción vengativa o violenta? ¿Y hasta qué punto es lícito formular un juicio moral sobre actos cometidos en otro tiempo y en otras circunstancias? Aquí la novela de *Grandes* se revela como la más combativa y contundente: cuando uno de los hermanos de Álvaro le dice que, al fin y al cabo, no importa qué hizo su padre en los años de la posguerra, dado que “no podemos valorar [...] [n]i tú, ni yo, ni nadie que no haya vivido aquella época”, Álvaro responde: “Eran tiempos duros, desde luego, pero yo creo que sí podemos valorar. [...] Creo que podemos opinar, y hasta juzgar, aunque no los hayamos vivido” (840, 847). El profesor Wheeler, en cambio, padre afiliativo de Jaime Deza en *Tu rostro mañana*, declara en el tercer volumen: “Los tiempos de paz juzgan luego severamente a los tiempos de guerra, y yo no sé hasta qué punto pueden. Son dos tiempos que se excluyen, cada uno es inconcebible en el otro” (*Tu rostro mañana* 3 620).

*La voz dormida* difiere de las novelas de Marías, Cercas y *Grandes* en cuanto no incorpora el proceso de investigación y recuperación del pasado dentro del marco de la trama. No hay aquí un narrador protagonista que descubra un escándalo histórico desde la relativa tranquilidad de la España del fin de milenio; las peripecias de las protagonistas, mujeres presas en la posguerra, nos las transmite una voz narradora omnisciente. Aun así, el aparato paratextual de la novela —varias páginas de agradecimientos; declaraciones de la autora en la prensa— permite encajarla dentro de la misma tendencia, ya que presenta a la autora, Dulce Chacón, como entrevistadora e investigadora que considera su recreación literaria del pasado como un tributo fiel a las víctimas. Para Chacón —ella misma descendiente de una familia conservadora— la realización de la novela fue un acto afiliativo, y así quiso que fuera también su lectura.

Ni *La voz dormida* ni las novelas de Cercas, Marías y *Grandes* esconden su estatus híbrido, situados como están entre la ficción y la historia. Sin embargo, es notable que ni *El corazón helado* ni *La voz dormida* problematizan esta hibridez y, a pesar de las reflexiones acostumbradas de Marías sobre la imposibilidad de plasmar la historia fielmente en una estructura narrativa,<sup>3</sup> el fondo histórico-personal de la parte de la trilogía que se ocupa de la

<sup>3</sup> “[N]ada es nunca objetivo y todo puede ser tergiversado y distorsionado. [...] [L]os hechos y las actitudes dependen siempre de la intención que se les atribuya y la interpretación que quiera dárseles, y sin esa interpretación no son nada, no existen, son neutros o pueden sin más ser negados. [...] Es como si nada contara, nada se acumulara ni tuviera

guerra y posguerra es demasiado obvio como para mistificar nada. Sólo *Soldados*, la más antigua de las obras analizadas, conserva algo del postmodernismo lúdico de los años ochenta y noventa. Aunque incluso en la novela de Cercas el narrador acaba por concluir que, si se trata de recordar a las víctimas y rendir tributo a los héroes, la distinción entre ficción e historia es, en realidad, trivial. De forma similar, *Enterrar a los muertos*, la obra más cercana al periodismo de todas las consideradas aquí, no tiene ningún reparo en echar mano de recursos literarios propios de la ficción. Así como las novelas de Cercas, Marías, Chacón y Grandes, lo que mueve a Martínez de Pisón es la obsesión con la verdad histórica, el afán de comprensión y la solidaridad con las víctimas.

Para Juliá y sus compañeros de generación, el objetivo de la historiografía universitaria es “buscar la verdad”, a secas y como fin en sí mismo, valiéndose de la objetividad y distancia política y emocional que garantiza el método científico (*Memoria, historia* 17). Establecer, revelar la verdad histórica —comprender qué pasó en España entre 1936 y 1975, y por qué— es también el objetivo de la ingente producción de los últimos diez años en torno a la memoria histórica. Donde los dos campos divergen, y mucho, es en su definición de la verdad, en la forma en que creen poder acceder a ella, y en el propósito final de perseguirla. Para los llamados recuperacionistas, la verdad es, en primer lugar, una experiencia vivida, no por subjetiva menos legítima o auténtica. Por tanto, la verdad se alcanza o reconstruye mediante testigos individuales tanto como en los archivos; y se persigue menos por motivos de conocimiento científico que por una necesidad de justicia, un afán ético. En última instancia, la verdad histórica satisface una necesidad de autoconocimiento, considerado indispensable para el desarrollo futuro, sea a nivel personal o comunitario. En los últimos diez o doce años, un buen número de novelistas españoles parecen haber asumido esta posición (Carmen Moreno-Nuño 379). Como escribe Almudena Grandes, “[e]l vínculo que establecen los nietos con sus abuelos en el terreno de la identidad, se concreta, aquí y ahora, en una reivindicación que no tiene tanto que ver con la memoria del pasado como con la que nosotros mismos legaremos a nuestros descendientes”. O como afirma su protagonista, Álvaro Carrión: “Tiene que ver conmigo, con lo que yo soy, con lo que voy a ser cuando salga de aquí” (*Corazón* 906).

peso y a la vez fuera hundiendo, todo indiferente, sin cómputo, sin memoria, aire, pero aire sucio”. (*Tu rostro mañana* 1 119).

## REFERENCIAS

- ARMENGOU, Montse/BELIS, Ricard (dirs.) (2002): *Els nens perduts del franquisme. 30 Minuts*. Televisió de Catalunya.
- BERMEJO, Benito/CHECA, Sandra (2005): “La construcción de una impostura. Un falso testigo de la deportación de republicanos españoles a los campos nazis”. En: *Migraciones y exilios* 5, pp. 63-80.
- CERCAS, Javier (2001): *Soldados de Salamina*. Barcelona: Tusquets.
- CHACÓN, Dulce (2002): *La voz dormida*. Madrid: Alfaguara.
- FABER, Sebastiaan (2007): “The Debate about Spain’s Past and the Crisis of Academic Legitimacy: The Case of Santos Juliá”. En: *The Colorado Review of Hispanic Studies* 5.
- GRANDES, Almudena (25 de marzo de 2006): “Razones para un aniversario”. En: *El País*.
- GRANDES, Almudena (2007): *El corazón helado*. Barcelona: Tusquets.
- HERRMANN, Gina (2008): “Documentary’s Labours of Law: The Televisión Journalism of Montse Armengou and Ricard Belis”. En: *Journal of Spanish Cultural Studies* 9.2, pp. 193-212.
- JULIÁ, Santos (2006): “Bajo el imperio de la memoria”. En: *Revista de Occidente* 302-303, pp. 7-19.
- . (2004) [1999]: “De ‘guerra contra el invasor’ a ‘guerra fratricida’”. En: Juliá, Santos (ed.): *Victimas de la guerra civil*. Madrid: Temas de Hoy, pp. 11-54.
- . (2006): “Memoria, historia y política e un pasado de guerra y dictadura.” En: Juliá, Santos (dir.): *Memoria de la guerra y del franquismo*. Madrid: Taurus, pp. 15-77.
- LABANYI, Jo (2007): “Memory and Modernity in Democratic Spain: The Difficulty of Coming to Terms with the Spanish Civil War”. En: *Poetics Today*, 28.1, pp. 89-116.
- MAINER, José Carlos (2006): “Para un mapa de lecturas de la Guerra Civil (1960-2000)”. En: Juliá, Santos (ed.): *Memoria de la guerra y del franquismo*. Madrid: Taurus-Fundación Pablo Iglesias, pp. 135-161.
- MARÍAS, Javier (2002): *Tu rostro mañana 1. Fiebre y lanza*. Madrid: Alfaguara.
- . (2004): *Tu rostro mañana 2. Baile y sueño*. Madrid: Alfaguara.
- . (2007): *Tu rostro mañana 3. Veneno y sombra y adiós*. Madrid: Alfaguara.
- MARTÍNEZ DE PISÓN (2005): *Enterrar a los muertos*. Barcelona: Seix Barral.
- MORENO-NUÑO, Carmen (2006): *Las huellas de la Guerra Civil. Mito y trauma en la narrativa de la España democrática*. Madrid: Ediciones Libertarias.
- NAHARRO-CALDERÓN, José María (2005): “Los trenes de la memoria”. En: *Journal of Spanish Cultural Studies* 6.1, pp. 101-121.
- SAID, Edward W. (1983): *The World, the Text and the Critic*. Cambridge, Mass: Harvard University Press.

- SÁNCHEZ LEÓN, Pablo (2006): “La objetividad como ortodoxia. Los historiadores y el conocimiento de la Guerra Civil Española”. En: Aróstegui, Julio/Godicheau, François (eds): *Guerra Civil. Mito y memoria*. Madrid: Marcial Pons, pp. 95-135.
- SHKLAR, Judith (1998): “Obligation, Loyalty, Exile”. En: Hoffmann, S. (ed.): *Political Thought and Political Thinkers*. Chicago: University of Chicago Press.